

" A TREINTA AÑOS DEL CONCILIO VATICANO II"

CENTRO DE EXTENSION
1995

OCTUBRE 18 DE

Cuando el Papa Juan XXIII pronunció el discurso de apertura del Concilio Vaticano II, dijo entre otras cosas:

"La humanidad se gloria de sus recientes conquistas en el campo científico y técnico, pero sufre también las consecuencias de un orden temporal que algunos han querido organizar prescindiendo de Dios. Por esto el progreso espiritual del hombre contemporáneo no ha seguido los pasos del progreso material. De aquí surgen la indiferencia por los bienes inmortales, el afán desordenado por los placeres de la tierra que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos, y por último un hecho completamente nuevo y desconcertante cual es la existencia de un ateísmo militante, que ha invadido ya a muchos pueblos".

Desde aquella fecha, los problemas enunciados por el Papa han seguido presentes e incluso en incremento. Pero gracias al Concilio, la Iglesia ha podido afrontar esa dolorosa experiencia con un bagaje espiritual renovado y una profunda comprensión y simpatía por el mundo contemporáneo.

El Papa hablaba de "un hecho completamente nuevo y desconcertante, cual es la existencia de un ateísmo militante", y muchos podían ingenuamente interpretar sus palabras como alusiones a situaciones políticas de opresión podríamos decir física a la Iglesia. Pero había algo mucho más profundo: una concepción excluyente de los métodos que se pueden usar legítimamente para conocer el mundo y para actuar en él, que hace que la sola mención de un Dios trascendente sea intolerable y que justifica el imperio de antivalores a los que todo ha de someterse.

El aliciente a la creación de esa sociedad atea es en las propias palabras del Papa, "...el afán desordenado por los placeres de la tierra que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos...", el cual engendra "... la indiferencia por los bienes inmortales...", y es causa de que el "...progreso espiritual no ha seguido los pasos del progreso material..."

Hoy, al releer estas palabras, tantos años después de pronunciadas, entendemos que lo que Juan XXIII estaba describiendo no era un estado, sino un proceso, una dinámica que llevaba al destierro de Dios.

La respuesta de la Iglesia en el Concilio, es una profunda mirada dirigida a sí misma, a su misterio, a su condición de signo e instrumento al que le está encargado llevarle a la luz de los pueblos que es Cristo.

El Concilio escucha y proclama la palabra de Dios. Tanto la mirada sobre la Iglesia como la mirada sobre el mundo están iluminadas por esta revelación que hace Dios de Sí mismo.

El Concilio se vuelve sobre el mundo contemporáneo. Detrás de la máscara triunfante del mundo sin Dios, la Iglesia se hace cargo de las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, penetrada de la fe de que es a la persona humana a la que hay que salvar, a la sociedad humana a la que hay que renovar.

El llamado del Concilio tuvo un eco especial en nuestra América, porque estimuló a la Iglesia en estas tierras a una conciencia más nítida de su propia identidad, a una voluntad de poner lo mejor de su propio tesoro de gracia a disposición de la Iglesia universal.

Toda la reflexión conciliar está marcada por un espíritu de profundo optimismo. El Concilio, generado como respuesta a necesidades de un tiempo, es como un mensaje dirigido hacia el futuro, para que el proyecto del hombre refleje el misterio del Verbo Encarnado.

La mirada de la Iglesia sobre sí misma, la palabra de Dios, la Iglesia y el mundo, la Iglesia en Latinoamérica, las perspectivas de la Iglesia hacia el tercer milenio, son los temas de este coloquio, para el cual contamos con participantes de especial distinción a quienes les agradecemos cordialmente su presencia.

Creemos que el coloquio es parte de una reflexión muy oportuna, porque hoy día conviven en la Iglesia generaciones con experiencias muy distintas. Hay una que vivió las esperanzas de ese momento de renovación, y que conoció a propósito de él un verdadero gozo espiritual. La misma generación que vivió luego el postconcilio, con sus riquezas espirituales, intelectuales y humanas, y con todo el desconcierto y las caídas que suelen marcar a las épocas más vivas de la Iglesia.

Hay otra generación que no conoció una iglesia distinta, y para la cual el Concilio es historia. A esta generación le toca actualizar ese don de Dios en la vida presente de la Iglesia, por la fidelidad al magisterio, expresado especialmente en la enseñanza de los Pontífices, en la de Pablo VI y en el incansable magisterio de Juan Pablo II, quien fue uno de los importantes artífices del Concilio y a quien Dios le ha querido dar el continuar esa obra.

Treinta años son el lapso de una generación. Son una ocasión para meditar.